

Alfredo Lefebvre

## La Navidad de Gian-Carlo Menotti



MAHL es un pastor tullido de 12 años, hijo de madre viuda sin recursos, tan pobre que ya vendió sus ovejas y hasta la cabra negra, entretenimiento de su hijo. Amahl está más próximo a ser un juglar vagabundo que el sostén de su casa.

Veamos qué hace. Ha pasado la medianoche. Está sentado próximo al umbral de la puerta, tocando el caramillo. La melodía es excelente, pero se siente mucho frío y él mira demasiado al cielo. Ve como

*todas sus linternas están encendidas,  
todas sus antorchas están ardiendo,  
y su oscuro firmamento  
resplandece como cristal.*

Pero ve más aún. Colgando sobre el techo de su casa, contempla una inmensa estrella,

*hay una estrella tan grande como una ventana,  
y la estrella tiene una cola,  
y se mueve a través del cielo  
como una carroza de fuego.*

Es un soñador dice su madre y no sale a mirar. El hijo, al fin obediente, se apoya en su gastada muleta y va a la cama, dolido porque su querida madre no le cree nunca lo que él ve, e ignora que se puede comer y comprar leña con cuentos de hadas.

En medio del profundo silencio de la noche, Amahl se desvela. Oye a la distancia como una música maravillosa; se asoma a la ventana y divisa hacia las colinas vecinas unas luces de linternas que avanzan. Hay algo nobilísimo en esa música nocturna.

Al cabo grandes golpes en la puerta. Despierta la madre. El niño va y abre un poquito, luego cierra. ¡Cómo le va a creer su madre que afuera hay un hombre con traje de rey y corona en la cabeza! Grandes discusiones entre ambos. A la tercera vez que inquiere furtivamente no hay dificultades para él. Tres reyes están en el umbral y el último es negro.

Se asoma la madre y abre perpleja. Gaspar, Melchor y Baltasar la saludan. Piden pernoctar. Van en un largo viaje. Grande es la alegría de Amahl al oírles que los guía una estrella.

La instalación en la modesta choza ha sido muy solemne, a pesar de la falta de fuego y de camas. Un paje dispone todas las cosas hasta una jaula de loro con el animal dormido y silencioso. Hay curiosidad por saber qué llevan en cierto cofre y en una gran copa y en una urna. Mientras la madre sale a buscar alguna leña que poner en la chimenea, Amahl hace increíbles preguntas a los reyes, propias de su edad, aunque se tropieza con la sordera de Gaspar y los picotazos del loro.

Llega el fuego. Amahl sale entonces a buscar a los pastores vecinos para que traigan todo lo que puedan a fin de atender a tan altas visitas. La curiosidad de la madre revienta:

—¡Oh, estas cosas tan hermosas! ¡Y todo ese oro!

Melchor, responde:

—“Son regalos para el Niño”.

Pero es una respuesta muy inquietante en los oídos de una madre, mayor aún cuando ellos dicen que no conocen al Niño, y la estrella los guiará hasta El. Piensa que podría ser su hijo, quiere que le ex-

pliquen cómo es aquel misterioso Niño, podría haberle visto entre los pastores vecinos.

Entonces Melchor habla:

*¿Ha visto al Niño  
color del trigo, color de la aurora?  
Sus ojos son suaves,  
sus manos, las de un Rey,  
porque El para ser Rey nació.  
Incienso, mirra y oro  
pondremos a sus pies  
y la Estrella de Oriente es nuestro guía.*

Asimismo es el que ella conoce, pero nadie le trae obsequios y permanece pobre, hambriento, enfermo y yerto. Es su propio hijo. Baltasar continúa explicando sobre el que van a encontrar y que ella pudo haber conocido:

*¿Ha visto al Niño  
color de tierra, color de espina?  
Sus ojos son tristes,  
sus manos son las de un pobre,  
porque El nació pobre.  
Incienso, mirra y oro  
pondremos a sus pies  
y la Estrella de Oriente es nuestro guía.*

Luego hablan más hondo. El Niño sostiene los mares y los vientos en sus Palmas. Delante de El, el águila es mansa y el león sumiso. Y mientras ella piensa en su Amahl, los Tres Reyes declaran que un coro de ángeles canta sobre el techo bajo el cual ha nacido.

En ese momento las voces lejanas de los pastores que Amahl ha reunido empiezan a oírse. Unos a otros se llaman con sus nombres, se saludan, tiemblan de frío, se prestan sus capas y bajan alegres.

Amahl los conduce. Por fin llegan. Se confunden, pierden valor ante la majestad de los visitantes nocturnos. Poco a poco van venciendo el temor y empiezan a ofrecer a los reyes los dones de la tierra, único bien de que disponen. Melchor, Baltasar y Gaspar agradecen complacidos. Allí están junto a los reyes las canastas con limones, granadas, naranjas y los ramos de tomillo, hierbabuena y menta.

Interviene la madre y provoca el ánimo para que se baile en honor de los visitantes. Y así, poco a poco, al compás del caramillo de Amahl y del de un anciano, van cobrando confianza los pastores y arman una danza que tiene algo de rito y algo de baile popular al comienzo. Luego vuelan los brazos y se estremecen las manos. Suben y bajan las rodillas. Se cruzan los cuerpos, se saludan, se separan, vuelven a encontrarse con gentileza. Es tal la alegría de los corazones y la velocidad del ritmo que esa animosa tarantela hace el regocijo de los Reyes. Estos agradecen la cordial atención, pero como les queda poco tiempo para dormir y el viaje durará, amablemente despiden a sus festejantes. Se multiplican las buenas noches. Y otra vez el silencio se queda en la casa de Amahl. A lo lejos van apagándose por las colinas las voces y las linternas de los pastores.

La madre está desvelada y muy inquieta. “Todo ese oro” —piensa— “Todo ese oro”. Los reyes pertenecen al orden de los ricos y ella al de los pobres. Discurre amargamente sobre estas diferencias. ¿Saben los ricos cómo se alimenta a un niño? ¿Saben preparar un buen fuego en el invierno? ¡Ah, todo ese oro! Las cosas que podría hacer si lo tuviese para su hijo.

La obscuridad y el silencio de la alta noche le precipitan la tentación. ¡Es para mi hijo! Es para su hijo y ya se ha salido de los pellejos de su camastro, avanza hasta el lugar del cofre. Mete la mano, ¡ah, todo ese oro! Pero en el momento de comprimir las primeras monedas contra la palma de su mano derecha, el Paje celador despierta dando voces: ¡Ladrón! ¡Ladrón!

¡Qué es esto! ¡Qué es esto! preguntan despertando los Reyes. Gran escándalo. Gran confusión. Mucha vergüenza. Y Amahl despierta con el ruido y ve que el paje tiene cogida a su madre por la mu-

ñeca en actitud amenazante. Salta a defenderla: “¡No te atrevas, hombre feo! ¡Deja a mi madre! ¡Te romperé la cara! ¡Te sacaré los dientes! Y corre donde Gaspar: “Señor Rey, no permita que le haga daño a mi madre. Ella es buena. No puede hacer nada malo. Soy yo el que miente. Yo, el que roba”.

Melchor trae un poco de paz y hasta obsequia a la madre el oro robado. El Rey habla: “Solamente con el amor, el que ha nacido construirá su Reino. Pronto caminará entre nosotros. Nos traerá nueva vida y tomará nuestra muerte. Y las llaves de su ciudad pertenecen al pobre”. Se dirige a sus compañeros y los insta a partir.

Entonces la madre, tocada en su interior por tan augustas palabras, devuelve el oro robado y dice que un Rey semejante esperó toda la vida. Quiere hacerle un regalo a ese Niño. Y a su hijo se le ocurre un increíble obsequio. Amahl desea regalar al Niño su propia muleta. La extiende con su brazo horizontalmente para que Melchor la reciba. La madre va a detenerlo, pues, cómo va a caminar ahora; pero sucede algo inaudito que a todos arrebató. Amahl al entregar su muleta al Rey, simplemente ha dado un paso hacia adelante, sin el apoyo, por cierto, que siempre usaba. El asombro y el convencimiento de lo que está ocurriendo empieza a manifestarse en los labios del mismo Amahl: “¡Madre, puedo caminar!” Y todos van comprobando el hecho extraordinario. Amahl ya no está tullido, Amahl puede caminar. Ha ocurrido ahí mismo, a la vista de todos. La admiración los ilumina. La alegría les hace leve la vida. Los rostros resplandecen. Las facciones se colman de bondad.

Los Reyes dicen:

—“Esta es una señal del Niño Santo. Debemos darle gracias. Esto es un Signo de Dios”.

A la madre confortan: “Oh, buena mujer, nada debes temer; tu hijo es amado por el Hijo de Dios”.

Sucedan incidentes muy gratos. Todos miran al muchacho como a un ser bendecido por Dios. Y por fin surge la gran idea. Amahl pide permiso para ir a dar gracias al Niño en compañía de los Tres Reyes. Muy graciosa es la despedida de su madre, con los consejos de

rigor. Y muy tierna, como es natural. Van a partir. Se oye nuevamente el coro de los pastores que vienen para seguir a los Reyes hacia su glorioso destino, mientras las estrellas se alejan y empieza el nuevo día:

*¡Venid, oh pastores, vamos pronto!*  
*Todas las estrellas han dejado el cielo.*  
*¡Oh, dulcísima mañana! ¡Oh, alborada de paz!*

Este es un pálido reflejo del hermoso asunto de *Amahl y los visitantes nocturnos*, ópera en un acto, para televisión que Gian-Carlo Menotti escribió en 1951, a pedido de la NBC y fué transmitida por primera vez durante la Noche Buena de ese año. Posteriormente, en Londres se ha presentado en las tablas. Existe una grabación fonográfica de la obra completa, norteamericana, dirigida por su autor. La RCA Chilena editó el año antepasado un pequeño disco con algunos escasos fragmentos y no hubo ningún comentario. Es de esperar que la entrada de Menotti por nuestros escenarios, aumente su difusión fonográfica. Sería deseable la versión integral de *El Cónsul*.

En "Amahl" como en todas sus obras, Gian-Carlo Menotti ha escrito el libreto y la música; además de sus condiciones de compositor, posee talento literario de primer orden, con sensibilidad poética y poderoso sentido del drama. En un artículo suyo dice que la crítica le ha censurado por escribir buenos argumentos y música mediocre; pero yo sostengo que mis libretos se iluminan y adquieren vida y relieve sólo gracias a la música. Hagamos que alguien lea mis textos, separados de su base musical y se comprobará la verdad de lo que estoy diciendo. Mis óperas podrán ser buenas o malas, pero si sus argumentos se estiman vivos y potentes en la acción dramática, la música tiene su parte en tales méritos" (1).

Si es efectivo que la fuerza comunicativa de la ópera reside en la música, según las explicaciones del mismo Menotti, el caso suyo se distingue por la justa adecuación que mantiene entre la palabra y la

---

(1) Cartas culturales. Año II, N.º 7. Santiago de Chile.

frase musical. Si oímos *La vida breve*, de Manuel de Falla, todo el desarrollo está traspasado de substancias musicales, en cambio, en "Amahl", como en cualquiera de las obras principales de Menotti, el significado argumental y simbólico está siempre a la vista, sin que se exceda ningún medio, ambos en función de lo que el autor quiere comunicar, siguiendo siempre el clímax del desarrollo, en pleno arraigo dramático.

Si se parte de este punto de vista, no cabe sentir diferencias estéticas. La unidad del compuesto artístico es su virtud excelente.

Una declaración del magnífico músico es muy luminosa para comprender cierta índole de su lenguaje en los textos de sus óperas. Se refiere a las influencias: "Para mí, la más importante que he sufrido es la de Federico García Lorca. Cuando descubrí su teatro, todo mi sentido del mismo cambió radicalmente. Es decir, a partir de *La Médium* (2). Esto explica el hecho de que encontremos recursos metafóricos, no para hacer adornos, sino expresivos y a veces muy luccientes. En "Amahl", como se puede ver en nuestra reseña, la descripción del Niño que cantan los Reyes Magos está construída con esos medios.

Hay algo más hondo aún, que siendo esencial a Menotti como artista pudo haberse profundizado con el conocimiento de Lorca: Es el gran sentimiento de la vida, siempre patente en sus hermosas obras.

Cuando el terrible policía le dice a la mujer del héroe fugitivo en *El Cónsul*: "Nosotros podemos hacer que su corazón reviente" (no es textual la cita, pero eso dice) hemos sentido el arte del ilustre músico como representado en esas palabras. Sus dramas musicales son notoriamente punzantes, fuera, por cierto, de los alegres y humorísticos, como *El Teléfono*. Tiene una especial manera de herir el corazón del espectador. "Amahl" bien puede mirarse como una pieza amable, risueña, y ya estas dos notas tienen que ver con lo cordial, pero la anécdota, el bello cuento, no solamente alegra con sus pince-

---

(2) Cuadernos hispanoamericanos N.º 52, Madrid.

ladas de buena psicología en las actitudes y caracteres de los personajes, sino que alcanza una calidad evocadora, avanza más allá del entretenimiento humano que procura sus realísimos personajes, y hunde en el corazón no facilidad emotiva, esa que procuran la ternura familiar, como sería aquí el niño pobre y cojito y la madre viuda, sino presencia de Navidad auténtica, proximidad del misterio, lograda de tal modo que afecta cordialmente, y no por sentimentalismo. Una especie de lógica interna preside, por caso, el momento del milagro, presentado sin efectismo musical ni elocuencia literaria, con una acción leve, pero llena de sentido; el bien es dado como respuesta a un gesto de generosidad.

También podemos notar en "Amahl" que su humanidad está realzada en diversos pasajes por una feliz mezcla de elementos ideales con los del vivir cotidiano. Cuando los Reyes Magos hablan del Niño Divino, la madre piensa en su propio hijo; la naturalidad del modo de ser habitual en los personajes hace mucho más visible la poesía del tema y del simbolismo que entraña. Que Amahl, en cuanto niño pregunte a Melchor si es verdaderamente un rey o si tiene sangre azul, contribuye con ello a la verosimilitud del asunto y pone la vida en acción y no es ya una fábula representada. Por esa presencia, la obra se siente tan evocadora e irradia cierta unción navideña.

Menotti concibió su "Amahl" contemplando un cuadro de Jerónimo Bosch, según él mismo dice en el libreto que acompaña la edición fonográfica de la ópera. Es una adoración de los Reyes Magos. Un amigo nos opinaba que seguramente Menotti había leído a Tagore. En efecto, el nombre del protagonista es el mismo de *El cartero del Rey* y no sería difícil encontrar ánimos comunes en la espiritualidad de los personajes y en esos deseos de vagabundear de ambos. Pero esto no afecta a la singularidad creadora del gran músico ítalo-norteamericano. El tiene sus privativas maneras de llegar al corazón. Su música parece llevar un ardor incontenible. Sus palabras se dirigen al hombre de hoy. Sus dramas han empezado a traer lo maravilloso y lo manifiestan a través de cosas concretas y cotidianas, donde la vida está presente.